

RESEÑAS DE LIBROS

Niall Ferguson (dir.),
Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?,
Madrid, Taurus, 1998, 458 págs.

Niall Ferguson nació en Glasgow, en 1964, y de él ha escrito Paul Kennedy que se le considera el historiador joven más brillante de su generación, así como un inquietante ideólogo político. Aparece en TV, escribe sobre la actualidad, viaja a diario hasta el Jesus College desde su granja en el Oxfordshire y recibe substanciosos anticipos por sus futuros libros. Se le compara, por eso, con A. J. P. Taylor, a quien confiesa admirar profundamente, y también con el controvertido Norman Stone, que fue su director de tesis. Algunos dicen —comenta Paul Kennedy¹—, que es uno de los *sherpas* intelectuales del nuevo conservadurismo: pro-thatcherita, celoso de la independencia británica y de su perdido Imperio.

El último libro publicado por Ferguson suma más de 1.300 páginas dedicadas a la casa Rotschild: *The Worlds Banker. The History of the House of Rotschild* (Weindenfeld and Nicholson, 1998), una historia «absorbente», como dice en la introducción, cuando se contrasta con la realidad de las fuentes

históricas la «mitología» generada en torno a la familia desde la muerte de su fundador, Mayer Amschel Rotschild, en 1812. Una mitología que Ferguson recorre detenidamente en la introducción del libro y a la que contribuyeron apologetas y detractores hasta convertir a la familia Rotschild, para bien o para mal, en el poder en la sombra de muchos de los grandes acontecimientos del siglo XIX y comienzos del XX. La ingente tarea de investigación de los archivos a los que Ferguson ha tenido acceso, muchos de ellos antes no explorados, le ha costado cinco años de trabajo y el apoyo imprescindible de un equipo que le ha permitido, por ejemplo, descifrar y transcribir la enorme correspondencia escrita antes de 1860 en hebreo arcaico. Más de 5.000 referencias a estas cartas, amén de otros muchos fondos de archivo y fuentes diversas, que desvelan no sólo los orígenes y desarrollo de una inmensa fortuna y la peculiar gestión familiar del negocio —que también—, sino el ascenso de una familia con celosa voluntad

¹ Paul Kennedy, «In the Shadow of the Great War», *The New York Review of Books*, 12 de agosto de 1999.

endogámica, desde su confinamiento en el barrio judío de Frankfurt hasta las más altas cimas del poder. Una verdadera épica de emancipación² que resulta, como dice el autor, más fascinante que el más fantástico de los mitos.

Los Rothschild fueron acusados tanto de promover guerras como de evitarlas. *The Times*, recuerda Ferguson, denunció sus esfuerzos en julio de 1914 para impedir una guerra entre Alemania y Gran Bretaña como «a dirty German-Jewish international financial attempt to bully us into advocating neutrality». Probablemente no fue esa la razón que le inspirara al historiador escocés la simpatía necesaria para emprender su investigación sobre los Rothschild, pero lo cierto es que esa preocupación, la de las razones que llevaron a Gran Bretaña a intervenir en la Primera Guerra Mundial y si aquello fue o no inevitable, ha sido la causante de los otros dos libros que, casi al mismo tiempo que el anterior, ha puesto en la calle Niall Ferguson: esta *Historia virtual*, el único traducido al español, que prologa, edita y a la que contribuye con dos capítulos. Uno de esos capítulos no es una parte de los argumentos que despliega en su otro libro, *The Pity*

of War. Explaining World War I (Allan Lane, 1998). Su provocadora afirmación central en ambos textos es que la Primera Guerra Mundial fue «el mayor error de la historia moderna». No hizo sino retrasar una situación a la que, por una vía mucho más larga y penosa, hemos llegado hoy: la posición hegemónica de Alemania en el continente. «Con un Káiser triunfante —escribe³—, Hitler podría haber consumido su vida como artista y soldado fracasado en una Europa central dominada por Alemania, de la que no hubiera tenido muchos motivos de queja». La culpa no fue de Alemania: fue el gobierno británico el que convirtió la guerra continental en una guerra mundial, al tomar una decisión en la que pesaron razones de política interna tanto como el sentimiento de amenaza alemana a Gran Bretaña en caso de que Francia sucumbiera. Una amenaza que, según Ferguson, se apoyaba en interpretaciones equivocadas tanto sobre el poderío alemán como sobre sus verdaderos objetivos. Las consecuencias de semejante decisión, dice Ferguson, resultaron dramáticas para Gran Bretaña. No fue sólo una gran tragedia, sino también el principio del fin de su enorme poderío.

² A. J. Sherman, «A family concern. The Rothschild' story as an authentic epic of emancipation and possibility», *The Times Literary Supplement*, 5 de febrero de 1999.

³ «La Unión europea del Káiser. ¿Qué hubiera ocurrido si Gran Bretaña se hubiera «mantenido al margen» en agosto de 1914?», *Historia virtual*, págs. 178-9.

No es extraño que *The Pity of War* haya levantado polémica en su país. En el libro, Ferguson no pretende contar la guerra, sino responder a una serie de preguntas, diez en concreto, la primera de ellas sobre las razones que se han dado a su supuesta inevitabilidad, seguida por los *verdaderos* motivos de Alemania y Gran Bretaña para entrar en el juego bélico, la *veracidad* del entusiasmo popular y el papel de la propaganda, por qué la superioridad del Imperio británico no fue suficiente para ganar la guerra, pero tampoco lo fue la superioridad militar alemana; por qué los hombres decidieron luchar pese a las miserables condiciones del frente, pero también por qué en un momento dado decidieron dejar de luchar y, por último, quién ganó realmente la guerra. ¿Preguntas retóricas? Todas reciben una documentada respuesta en la que sorprende la habilidad para pasar de la historia económica y financiera al manejo exhaustivo de las fuentes diplomáticas o de la literatura de la época.

En *Historia virtual* Ferguson escribe, junto con Andrew Roberts, también sobre la Segunda Guerra Mundial: «La Inglaterra de Hitler. ¿Qué hubiera ocurrido si Alemania hubiese invadido Gran Bretaña en mayo de 1940?» Porque esa parece, de todas las alternativas que se han imaginado a lo que realmente ocurrió, la más verosímil aunque también la menos agradable, y el más perverso juego al que un inglés puede jugar —como dijo

Isaiah Berlin—, es el de tratar de identificar quién habría colaborado realmente con los alemanes, quién habría sido el Petain inglés. Y, una Inglaterra nazi ¿habría sido finalmente liberada con ayuda americana? Preguntas como estas subyacen a las diferentes contribuciones a este libro. Alguno de sus autores, como Jonathan Haslam que aborda un tema también sujeto a revisión en los últimos tiempos, el de las responsabilidades en el comienzo de la Guerra Fría, se declara «escéptico convencido» sobre tales interrogantes. Sin embargo, Jonathan Clark, en sus sugestivas disgresiones sobre la posibilidad de que la revolución americana no hubiera tenido lugar, defiende que una metodología alternativa como ésta podría explicar muchos episodios trascendentales de la historia como acontecimientos improbables e imprevistos que, de alguna manera y de forma retrospectiva, ciertos hombres lograron presentar como inevitables. Ni más ni menos, en el caso británico —dice— que 1660, 1688, 1776.

Quizás se hayan vendido más ejemplares de la *Historia virtual* por la curiosidad que despierta su subtítulo: ¿*qué hubiera pasado si...?*, más provocador que el de la edición inglesa: *alternatives and counterfactuals*. Pero la intención es la que Clark señala. Hay toda una propuesta en la larga defensa que hace Ferguson del «enfoque contrafactual» frente a sus detractores, entendido éste en un sentido

muy diferente al meramente instrumental, de medición, que le dieron los *nuevos* historiadores económicos hace ya unas décadas, cuando trataban de calibrar, por ejemplo, el ahorro social que había supuesto la construcción del ferrocarril. En el enfoque contrafactual de Ferguson se propone una alternativa a cualquier determinismo —económico, social o cultural— sin caer por ello en las tentaciones del relativismo posmoderno. Si el establecimiento de leyes de cobertura hempelianas es imposible en historia, dice, el mejor criterio para establecer relaciones de causalidad en el pasado es la prueba del contrafactual. Preguntarse por qué pasó lo que pasó, exige preguntarse qué otras alternativas había *efectivamente*. Lo más importante es, por tanto, decidir la pregunta, que deberá ser plausible. Debemos plantear sólo aquellas alternativas que pueda demostrarse, sobre la base de la evidencia contemporánea que, en efecto, los coetáneos tomaron en consideración. ¿Estaremos ante una aproximación *caótica* a la historia, caótica no en el sentido de anárquica, sino en el que utilizan los matemáticos y otros científicos duros? Mejor le hubiera ido a la historia en las últimas décadas, sostiene Ferguson, si en lugar de acercarse a las ciencias sociales hubiera prestado más atención a las matemáticas o la física. Sin embargo, el encadenamiento de contrafactuales de Ferguson en el capítulo final, que más parece

ciencia ficción, hace un flaco favor a su propuesta.

En la edición española de este libro hay dos capítulos que no aparecen en la inglesa. Uno es el de Juan Carlos Torre, que se imagina una Argentina sin peronismo porque pudo haber fracasado la movilización popular del 17 de octubre de 1945 que sacó a Perón de la cárcel. En el otro, Santos Juliá se imagina una historia de España sin guerra civil. En realidad, lo que hace es preguntarse si la guerra civil fue inevitable, para lo que resulta imprescindible liberarse de la imagen de la guerra como desenlace ineludible de una larga confrontación entre las dos Españas, imagen acuñada en ambos bandos durante el conflicto. «La guerra civil pudo no haber ocurrido —escribe—, si en dos ocasiones decisivas de la historia política española del siglo xx unos sujetos perfectamente identificables, hubieran tomado las decisiones a que estaban obligados por juramento personal y corporativo; si hubieran mantenido la lealtad a la Constitución, monárquica primero, republicana después, que habían jurado defender». En otras palabras, ni era necesario que la Monarquía constitucional diera paso en 1923 a una dictadura militar, ni fue inevitable que un golpe militar desencadenara en 1936 una guerra civil. La Monarquía podía haber evolucionado hacia una monarquía democrática, y tampoco era imposible que la República siguiera el rumbo de la francesa. Había recursos políticos suficientes, tanto

en 1923 como en 1936, para salir de la situación, pero la injerencia militar cerró la vía política de solución.

No sé si es o no un contrafactual que cumpla los requisitos, pero se me ocurren varias preguntas: ¿qué evidencias hay entre los contemporáneos de la posibilidad de una alternativa en 1923 y en 1936? Por ejemplo ¿quiénes estaban realmente dispuestos a defender el orden constitucional y la Monarquía en 1923 frente a los militares, y a cambio de qué? La falta de reacción ante el golpe, o peor aun, las declaraciones de quienes confiaban en que quizás Primo de Rivera consiguiera acabar con la *vieja política*, ya que ellos no habían sido capaces de hacerlo, no resultan muy alentadoras. No se trataba sólo de las connivencias entre la Corona y el Ejército, que también, sino de toda una tradición de cultura política *militarista* venida de los pronunciamientos progresistas del siglo XIX y que duraría todavía unos años. Basta recordar cómo intentaron traer la República quienes se reunieron en San Sebastián en 1930.

No es irrelevante para explicar la inevitabilidad de la guerra en 1936 el hecho de que el golpe de 1923 triunfara, como no lo son los cambios que introdujo la dictadura en la vida política, ni el contexto generalizado en la Europa de entreguerras, con el desprestigio y quiebra final de la democracia. ¿Hay indicios de que —como aventura Santos Juliá—, de no haberse producido o haber fracasado la sublevación militar en julio, un numeroso sector del partido socialista se hubiera incorporado a un gobierno presidido por Prieto antes de fin de año, gobierno que el partido comunista habría sostenido mientras la CNT llegaba a la conclusión de que la vía insurreccional estaba agotada? El fracaso de un gobierno de esas características pocos meses antes, así como el estallido de la revolución social nada más comenzar la guerra resultan por lo menos inquietantes. No eran sólo los militares quienes habían dejado de ser leales a la Constitución en 1923 y 1936.

MERCEDES CABRERA

Enrique Laraña
La construcción de los movimientos sociales,
Madrid, Alianza Editorial, 1999, 498 págs.

En las últimas décadas, científicos sociales e historiadores han asistido a un desarrollo teórico espectacular en el campo

de la acción colectiva y, en particular, en el de una de sus formas históricas, los movimientos sociales: un *boom* que ha